

Vista por última vez

Todos los derechos reservados.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Título original: *Last Seen Wearing*
En cubierta: fotografía © paylessimages / iStock / Getty Images
Publicado originalmente en inglés por Macmillan, un sello de Pan Macmillan,
una división de Macmillan Publishers International Limited

© Colin Dexter, 1976

© De la traducción, Pablo González Nuevo

© Ediciones Siruela, S. A., 2023

Publicada por acuerdo con Casanovas & Lynch Agencia Literaria
c/ Almagro 25, ppal. dcha.

28010 Madrid. Tel.: + 34 91 355 57 20

www.siruela.com

ISBN: 978-84-19553-18-8

Depósito legal: M-4.189-2023

Impreso en Cofás

Printed and made in Spain

Papel 100% procedente de bosques gestionados
de acuerdo con criterios de sostenibilidad

Colin Dexter

VISTA POR ÚLTIMA VEZ

Traducción del inglés de
Pablo González Nuevo

 Siruela

Nuevos Tiempos Policiaca

Para J. C. F. P. y J. G. F. P.

Preludio

El tren está esperando en el andén número uno.¹

Se sentía bastante satisfecho de sí mismo. Por supuesto, era difícil estar seguro. Pero sí, lo cierto es que estaba bastante satisfecho con su actuación. Repasó los acontecimientos del día con la mayor precisión posible: las preguntas del comité de selección (las inteligentes y las más estúpidas) y sus propias respuestas, cuidadosamente sopesadas y, estaba seguro, perfectamente expresadas. Dos o tres diálogos habían sido especialmente satisfactorios y ahora, mientras esperaba contento, sus firmes labios esbozaron una media sonrisa. De uno de ellos se acordaba casi palabra por palabra.

—¿No le parece que quizá es usted un poco joven para el puesto?

—Bueno, sí. Será un trabajo importante y estoy seguro de que habrá momentos, es decir, si ustedes me escogen, en los que necesitaré la experiencia y el consejo de cabezas más veteranas y sabias que la mía (algunas de esas cabezas más veteranas y sabias asintieron con seriedad). Aunque me temo que si la edad va en mi contra poco puedo hacer al respecto. Solo puedo decir que es un defecto que puliré con el tiempo.

Ni siquiera era una respuesta original. Uno de sus antiguos colegas se la había sugerido y afirmaba que era de su propia cosecha. En cualquier caso, era una buena historia y a juzgar

¹ De un poema de Howard Pipe. (*Todas las notas son del traductor*).

por el silencioso regocijo y los discretos murmullos de aprobación ninguno de los trece miembros del comité de selección la había escuchado antes.

Mmm.

De nuevo la media sonrisa apareció en sus labios. Miró su reloj de pulsera. Las siete y media de la tarde. Casi con toda seguridad podría coger el tren de las ocho treinta y cinco en Oxford para llegar a Londres a las nueve cuarenta y dos. Después a Waterloo y quizá estaría en casa a medianoche. Le haría falta algo de suerte para conseguirlo, pero ¿qué más daba? Probablemente serían esos dos *whiskies* dobles los que le daban esa radiante sensación de euforia, la esperanza de estar temporalmente en sintonía con la música de las esferas. En resumen, le ofrecerían el trabajo, o eso creía.

Estaban en febrero. El plazo para la respuesta era de seis meses, y contó con los dedos: marzo, abril, mayo, junio, julio, agosto. Eso estaría bien: tiempo de sobra.

Contempló ociosamente la hilera de elegantes casas adosadas del otro lado de la carretera. Cuatro habitaciones, jardines de tamaño respetable. Compraría uno de esos invernaderos prefabricados y plantaría tomates o pepinos, como Diocleciano, ¿o era Hércules Poirot?

Volvió a refugiarse en la marquesina de madera, a salvo del desagradable viento. Había empezado a lloviznar otra vez. Los coches salpicaban ligeramente al pasar y la carretera brillaba bajo la luz naranja de las farolas. Sin embargo, no había salido tan bien parado cuando le preguntaron acerca de su breve paso por el ejército.

—No llegó usted a ascender, ¿verdad?

—No.

—¿Por qué razón cree que fue?

—Creo que no era lo bastante bueno. No por aquel entonces. Hacen falta cualidades especiales para esa clase de co-

sas —se estaba perdiendo. Enróllate, sigue hablando—. Y yo, eeh... Bueno, carecía de ellas. En aquella época se alistaban hombres muy capaces, muchos más competentes y seguros de sí mismos que yo.

Déjalo así. Sé modesto.

Un excoronel y un excomandante asintieron complacidos. Dos votos más, seguramente.

Estas entrevistas eran todas iguales. Había que ser lo más honesto posible, pero de forma deshonesto. La mayoría de sus amigos del ejército habían sido estudiantes de colegio privado, seguros de sí mismos y con una dicción a la altura. Subtenientes, tenientes, capitanes. Habían reclamado sus derechos de nacimiento y a su debido tiempo se los habían concedido. La envidia le había atosigado vagamente a lo largo de los años. También él había sido un estudiante de colegio privado.

Al parecer los autobuses no pasaban con mucha frecuencia y empezó a preguntarse si después de todo conseguiría llegar a tiempo al tren de las ocho treinta y cinco. Miró una vez más la calle bien iluminada y volvió a refugiarse en la marquesina de la parada de autobús, cuyas paredes estaban cubiertas de las inevitables indecencias garabateadas o grabadas a punta de navaja. Por supuesto, el tal Kilroy había visitado este santuario a lo largo de sus infinitas peregrinaciones, y varias fulanas locales habían dejado anunciadas sus tendencias ninfómanas a los hipotéticos clientes. Enid quería a Gary y Dave amaba a Mónica. Varias alusiones al Oxford United dejaban en evidencia las vehementes frustraciones de los futboleros locales: elogios e injurias. Todos los fascistas debían largarse inmediatamente y era imperativo garantizar la libertad en Angola, Chile e Irlanda del Norte. Había una ventana rota y cristales desperdigados entre pieles de naranja, bolsas de patatas fritas y latas de refresco. ¡Basura! Le horrorizaba. Le enfurecían

más los obscenos desperdicios que había en el suelo que la bazofia pintarrajeada en las paredes. Desde luego, aprobaría algunas leyes contundentes contra la basura si algunas vez llegaba al supremo. Incluso en este trabajo podría hacer algo al respecto. En fin, si lo conseguía.

¡Venga, autobús! Las siete cuarenta y cinco. Podía pasar la noche en Oxford. ¿Qué más daba? Si Angola y el resto podían ser libres, ¿por qué no él? Hacía mucho tiempo que no pasaba una noche fuera de casa. Pero no iba a perder nada, de hecho iba a ganar. Además, habían sido muy generosos con el dinero para gastos. La autoridad competente debía de haberse gastado un buen dinero. Habían seleccionado a seis candidatos, ¡y uno había venido desde Inverness, nada menos! De todos modos, no podía estar seguro de que fueran a escogerle a él. En cualquier caso, había sido una curiosa experiencia conocer a gente así. Uno no podía mostrarse excesivamente amigable. Como las participantes de los concursos de belleza, que sonreían antes de arrancarse los ojos.

Otro pequeño episodio de la entrevista se fue colando poco a poco en su mente.

—Si fuera elegido, ¿cuál cree que sería su mayor quebradero de cabeza?

—Me imagino que el conserje.

Le había sorprendido el bullicioso cachondeo con que fue recibido su inocente comentario, y solo más tarde había descubierto que el actual empleado en el puesto era un ogro terriblemente terco y malencarado, temido en secreto por todos.

Sí, conseguiría el trabajo. Y su primer triunfo táctico consistiría en despedir al maldito conserje, con la unánime aprobación de directivos, administrativos y el resto de la plantilla. Y después se encargaría de la basura. Y luego...

—¿Esperando a que llegue el bus?

No la había visto entrar por el otro lado de la marquesina. Bajo el gorro de plástico gotitas de llovizna brillaban en sus cejas cuidadosamente depiladas. Él asintió.

—No pasan muchos, ¿verdad? —dijo caminando hacia él.

Una muchacha atractiva. Bonitos labios. Resultaba difícil precisar su edad. ¿Dieciocho años? Puede que incluso menos.

—Está a punto de llegar uno.

—Qué buena noticia.

—No hace muy buena noche, ¿verdad?

—No.

Parecía una respuesta desdeñosa, y con ganas de continuar la conversación pensó en algo que decir. Podía seguir ahí de pie hablando o sin hablar. Era evidente que la recién llegada pensaba más o menos lo mismo, aunque demostró ser más rápida.

—¿Vas a Oxford?

—Sí. Espero coger el tren de las ocho treinta y cinco a Londres.

—Llegarás.

Ella se desabrochó el reluciente impermeable y lo sacudió salpicando el suelo. Tenía las piernas delgadas, casi angulosas, pero bien proporcionadas, y una tímida fantasía erótica se le pasó por la cabeza. Era el *whisky*.

—¿Vives en Londres?

—No. Gracias a Dios vivo en Surrey.

—¿Vas directamente esta noche?

¿Iba?

—No está tan lejos, una vez que consigues atravesar Londres —ella no dijo nada—. ¿Y tú? ¿Vas a Oxford?

—Sí. Aquí no hay nada que hacer.

Sin duda debía de ser joven. Sus ojos se encontraron y ambos se miraron un instante. Tenía una bonita boca. Un breve encuentro en la parada del autobús, nada más, y agradable, un

poco más agradable de lo que debería haber sido. Sí, eso era todo. Él le sonrió, abierta e ingenuamente.

—¿Hay mucho que hacer en la malvada y gran ciudad de Oxford?

Ella le miró con picardía.

—Eso depende de lo que uno ande buscando, ¿no te parece?

Antes de que tuviera ocasión de averiguar qué quería ella exactamente o qué clase de placeres extracurriculares podía ofrecer la antigua ciudad universitaria, un autobús rojo de dos pisos apareció en la curva y se detuvo en la acera salpicando de gotitas marrones sus zapatos negros cuidadosamente lustrados. Las puertas automáticas se abrieron con estrépito y él se hizo a un lado para dejar pasar a la chica. Ella se dio media vuelta apoyándose en la barandilla para subir al primer piso.

—¿Vienes arriba?

El autobús iba vacío y cuando ella se sentó en el último asiento y le hizo un incitante guiño él no tuvo más opción ni se le ocurrió hacer otra cosa que ir a sentarse a su lado.

—¿Tienes cigarrillos?

—No. Lo siento, no fumo.

¿Era una simple fulana? Actuaba casi como si lo fuera. Él debía de parecerle un auténtico caballero de ciudad: traje oscuro e inmaculado, flamante camisa blanca, corbata Cambridge, grueso abrigo de buen corte y maletín de cuero. Posiblemente esperaría tomarse algunas copas en alguna coctelería elegante. Bueno, si era así iba a llevarse una buena decepción. La cosa no pasaría de unos pocos kilómetros en el piso de arriba del autobús de la Línea 2. Y, sin embargo, se sentía sutil y magnéticamente atraído por la desconocida. Ella se quitó el gorro de plástico transparente y sacudió su largo cabello castaño. Suave y recién lavado.

Un cansado revisor subió con desgana la escalera y se detuvo ante ellos.

—Dos a Oxford, por favor.

—¿Qué zona? —preguntó con evidente hosquedad.

—Eh... Voy a la estación.

Ella respondió por él.

—Dos a la estación, por favor.

El revisor les entregó los billetes mecánicamente y volvió a desaparecer escaleras abajo.

Sucedió de forma completamente inesperada y le pilló por sorpresa. Ella le cogió del brazo y apretó con suavidad el codo de él contra su cuerpo.

—Supongo que habrá pensado que vamos al cine —dijo ella riendo alegremente—. De todas formas, gracias por pagar mi billete.

Se volvió hacia él y le besó suavemente en la mejilla con los labios suaves y secos.

—No me habías dicho que ibas a la estación.

—La verdad es que no voy.

—Y entonces, ¿a dónde vas?

Se acercó un poco más a él.

—No lo sé.

Durante un terrible instante se le pasó por la cabeza que pudiera ser corta de luces. Pero no. Estaba bastante seguro de que al menos hasta el momento ella tenía muchísimo más claro que él lo que estaba sucediendo. De cualquier modo, casi se alegró cuando por fin llegaron a la estación. Las ocho y diecisiete. Faltaba poco más de un cuarto de hora para que llegara su tren.

Bajaron del autobús y aguardaron juntos en silencio ante el cartel que decía: BILLETES/CANTINA. Seguía lloviznando.

—¿Te apetece beber algo? —preguntó él sin demasiada convicción.

—No estaría mal una Coca-Cola.

Él se sorprendió. Si había salido en busca de un hombre parecía una petición cuando menos extraña. La mayoría de las mujeres de esa clase sin duda habrían pedido ginebra o vodka, en cualquier caso algo con más pegada que una Coca-Cola. ¿Quién era? ¿Qué quería?

—¿Estás segura?

—Sí, gracias. No bebo gran cosa.

Entraron en la cantina, donde pidieron un *whisky* doble para él y para ella una Coca-Cola y un paquete de veinte Benson & Hedges.

—Aquí estamos.

Ella parecía realmente agradecida. Encendió enseguida un cigarrillo y bebió en silencio un sorbo de su refresco. El tiempo no se detenía y la manecilla de los minutos del reloj de la estación se acercaba inexorablemente a la media hora.

—Bueno, será mejor ir saliendo al andén.

Dudó un momento y después se agachó para coger su maletín que reposaba debajo del asiento. Se dio la vuelta hacia ella y sus ojos volvieron a encontrarse.

—Me ha gustado conocerte. Quizá volvamos a vernos algún día.

Se puso de pie y bajó la mirada hacia ella. Cada vez que la miraba le parecía más atractiva.

—Me encantaría hacer travesuras contigo, ¿a ti no?

Dios, sí. Vaya si le gustaría. Se le aceleró la respiración y de repente sintió la boca muy seca. La megafonía anunció la inminente llegada al andén número uno del tren de las ocho treinta y cinco con parada únicamente en Reading y Paddington; los pasajeros con destino... Pero él no estaba escuchando. Lo único que tenía que hacer era admitir lo agradable que habría sido, sonreír dulcemente, salir por la puerta de la cantina, a menos de tres o cuatro metros, y seguir caminando

hacia el andén el primer andén. Eso era todo. Y una y otra vez durante los meses y los años siguientes se reprocharía con amargura no haber hecho precisamente eso.

—Pero ¿a dónde podríamos ir?

Lo dijo de manera casi involuntaria. El paso de las Termópilas había sido abandonado y el ejército persa ya lo atravesaba como una avalancha.